

La beatitud del cielo descienda sobre vosotros mis hermanos, sea derramando la ventura misma de cuanto representan los dones del cielo, la paciencia conque deberéis acoger las visciditudes de este mundo vuestro, la constancia con la que deberéis preservar de vuestras buenas acciones y el legado más importante de ese Padre que ha cuantificado en cada uno de vosotros, con el objetivo de que seáis más y más fieles en ese servicio que no por cotidiano carece de alabanza merecida, que no por lo frecuente lleva esa indiferencia de los cielos sino antes bien, ni Padre lo acoge, lo reconoce y es alentándolo constantemente y muy de acuerdo a como cada uno de vosotros lo practica; porque de cierto y en verdad os digo que tal como antea y siempre se os ha dicho, muchas pueden ser las riquezas y privilegios que mi Padre concede a sus criaturas, pero pocos, muy pocas lamentablemente los que han aprendido a reconocerlo, los que han cuantificado de esos dones que como preseas se van ganando, obteniendo a través de un cúmulo de situaciones, a través de un sinfín de visciditudes que en ocasiones os hacen dudar hasta de la misericordia de Dios para vosotros, ignorando quizás que nunca las riquezas otorgadas fueron más valiosas como aquéllas que ciertamente se han ganado con el esfuerzo propio, constante y duradero como se llevan y deben llevarse cada una de las acciones ejecutadas en pro de una misión tan consabida y sin embargo en muchos de los casos poco comprendida por muchos también que dicen enarbolarla, pero que cuando implica lo que consideran sacrificio, se arredran y no pretenden sacrificar de nada, ni siquiera de un instante de su vida, con tal de no perderse de aquéllo que consideran placentero y es en todo ello en lo que mi Padre califica la disposición de cada uno, la verdadera voluntad y entrega conque se halla dispuesto ya ese espíritu, para entonces sin reserva alguna dignarse entregar los dones necesarios, las herramientas del trabajo encendido para desempeñarse con firmeza, con la seguridad que en plenitud se manifiesta, de que está llevando a cabo fielmente cuanto ese Padre y Señor le entrega.

MOÍSES

Así como soléis decir vosotros mismos que no hay mal que dure cien años, tomadlo muy en cuenta también por lo que representa esa enorme y ejemplar paciencia conque mi Padre, Dios y Señor mío a la par que como vuestro, también lo considera; es menester que pongáis por caso aquellas acciones que a vuestros ojos se manifiestan cada día, a cada instante y por doquier donde tengáis conocimiento de ello, observad cómo las actitudes de unos cuantos no bastan para aplacar la furia de los otros, de aquéllos que persisten no obstante los rigores como llamáis a las calamidades que os azotan, no obstante las carencias cada vez más manifiestas de tantos de los recursos que abundaban, que os sobraban y por ello quizás no valorásteis, no obstante la podredumbre que hoy invade al mundo vuestro cuando muy por debajo de esa careta conque algunos pretenden enarbolar ganancias y la verdadera preocupación que les invade, existe el temor con ese agotamiento de recursos de todo tipo y de tan diversas maneras necesarios para la marcha y el buen funcionamiento de sus propios países y comarcas y todo ello diríase por lógica que llevaría a un mejor desenlace en la conducta o la rectificación de los errores, mínimamente al reconocimiento de lo que se ha hecho equivocado, de lo que no se ha hecho dando respuesta a lo que la cordura señalaba, mas no es así como se continúa dando, no es así porque ante todo o mucho de ello, no falta quienes ven aun en ello una ventaja, un modo de lucrar en beneficio propio y en fin, os hago un tanto extenso el panorama que vosotros sabéis y estás viviendo sólo para deciros que unos cuantos, no muchos quizás como vosotros mismos, están dándose cuenta de los tiempos, de lo que significan todos estos cambios, de todo lo que es de preverse y de contemplarse con la mirada puesta en ese Padre y con el alma contrita verdaderamente, con la conciencia que en una mente cada vez más lúcida os está llamando a rectificar vuestro camino y en entonces que a vosotros se os hace el llamamiento, la voz que os alerta sin ser escuchada, la de vuestro Señor, Dios y Eterno Padre: orad, orad sin mengua ni descanso por la paz de este mundo ciertamente, pero no dejéis de aplicaros en rogar incansablemente si se quiere, por la paciencia y la piedad del Padre que cansado está de cuanto se es contemplando, de ver vuestra torzudez, vuestra ignorancia, la que no tiene parangón alguno cuando ante tantas pruebas que ahora vivís y de las que sufriùs los mortales vivientes en el mundo, parecéis ausentes, aun sin saberlo, mas os digo: los que aun conserváis esa cordura rectificad a tiempo los errores y volved vuestras pupilas hacia el